

CARLOS DÍAZ
DOMÍNGUEZ

inédito



A LAS OCHO EN EL NOVELTY



B

A las ocho en el Novelty

CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ

1.ª edición: septiembre, 2014

© Carlos Díaz Domínguez, 2014

© Ediciones B, S. A., 2014

para el sello B de Bolsillo

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

DL B 16223-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-846-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Preludio](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[71](#)

[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

*A Javier,
porque a veces la vida te pone a tu mejor amigo
mucho más cerca de lo que imaginas*

Preludio

Dejó sobre la mesa la invitación para el Bolshói y se sentó a trabajar. El expediente que le habían preparado en Madrid contenía fotos de cuadros de Goya, y no pudo evitar tomar con sus manos las de los dos reyes Borbones. Con la mano izquierda sostenía la de Carlos IV, mientras que con la derecha sujetaba la de su hijo Fernando VII.

El diplomático no paraba de observar alternativamente y con la máxima atención las fotos de los dos reyes, para intentar buscar algún parecido entre ambos rostros. La forma de la nariz le resultaba familiar en ambos casos y quizá también la de la boca, pero en absoluto sucedía lo mismo si posaba sus ojos en la complexión de la cara, redonda en el caso del padre y afilada en el hijo; y más en concreto en la forma del mentón, las facciones prominentes eran para Fernando pero las redondeadas y suaves quedaban para Carlos IV.

Pudo estar en aquella posición más de diez minutos, casi sin pestañear, barriendo con la mirada las dos fotos. Así acabó llegando a la conclusión de que padre e hijo no se parecían en nada.

«¿Es posible que estos rusos puedan tener razón?», se cuestionó Rafael Castañeda con inquietud, y siguió pensando en las consecuencias tan trascendentales que tendría

para la sociedad española el que Fernando VII no fuera hijo de Carlos IV.

«Sería como reescribir la historia de nuestro país. Reescribir España», confirmó para sí.

1

El mes de junio daba sus últimas boqueadas y el calor empezaba a hacerse insoportable; pero no para todo el mundo. Anatoli Boychenko había pasado tanto frío en su tierra que la temperatura que disfrutaba en la Costa del Sol la podía considerar como el mejor regalo que le estaba dando la vida.

Su Patek Philippe marcaba las once de la mañana y estaba esperando a que le anunciaran la visita programada. Dejó sobre la mesa el ejemplar del *Artforum* que acababa de hojear y apuró el zumo de naranja, por supuesto, recién exprimido, que le había servido una de las personas que tenía a su servicio. Un día cayó en la cuenta de que, en definitiva, él hacía con la gente que le rodeaba algo parecido a lo que su cocinero con las naranjas antes de verter el zumo en la copa: exprimir, sacar para su propio beneficio hasta la última gota productiva que pudiera tener cada uno. «Si pudieran —se justificaba para sus adentros—, ellos harían lo mismo conmigo. Lo que pasa es que todavía nadie ha podido.»

Se levantó de su sillón de mimbre blanco y bordeó la piscina. Se ajustó la visera de la gorra para evitar que los rayos del sol incidieran sobre sus ojos azules —que, según le decían las mujeres que le alquilaban su cuerpo de vez en cuando, todavía poseían una incontenible belleza a pesar

de los setenta y siete años con que contaba—, y se acercó a la balaustrada de mármol blanco que delimitaba la zona de la piscina con la rosaleda. Contempló la inmensidad del Mediterráneo y se entretuvo en distinguir la serena derrota de los veleros que se habían hecho a la mar. El sonido del móvil interrumpió la quietud del momento:

—Acaba de llegar —le anunció Kostya.

—Hazle pasar al cenador —dispuso Anatoli—. Por cierto, ¿dónde está Valya?

—Parece ser que todavía sigue en sus habitaciones, señor.

—Que no la dejen salir al jardín, que la entretengan con lo que sea. No quiero que esté presente. Ni ella ni nadie más que tú. ¿De acuerdo?

Minutos después se presentaba ante el ruso la desgarrada figura de Ismael Montero. Anatoli le ofreció la untuosa sonrisa que mostraba con las personas a las que despreciaba aunque, como era el caso, no conociera personalmente.

—Muchacho, ¿te ha costado trabajo llegar hasta mi casa?

—En absoluto —resolvió Ismael con rapidez, como si el tiempo que hubiera dedicado a estudiar la ubicación de la mansión a través de Google Earth no hubiera contado.

—Pero el coche en el que has venido tendrá GPS, ¿no?

—No, he alquilado uno de los modelos más baratos, un Toyota Yaris, y no llevaba navegador.

—¿De los más baratos?, eso está bien, chico. El dinero hay que medirlo y saberlo gastar —sentenció burlonamente Anatoli.

Ismael miró en derredor y se preguntó por qué le habría proferido semejante insulto a sus oídos. Desde que había traspasado el portón metálico que delimitaba la finca con el exterior, el joven historiador no paraba de sorprenderse de todo cuanto veían sus ojos. Había aparcado en una rotonda pavimentada con adoquines rectangulares por cuyas juntas brotaba el césped. Después, y siempre acompañado por Kostya, caminó sobre un arriate que discurría

recto bajo una pérgola de madera de teca donde se trenzaban las enredaderas que brindaban una sombra agradable y fresca. A Ismael le pareció un lugar encantador. Posteriormente llegó a la casa, pero no le permitieron acceder a su interior. Con la misma amabilidad que firmeza, Konstantin le indicó la dirección del jardín que rodeaba la piscina en forma de riñón sobre la que caía el chorro procedente de un tritón metálico del tamaño de una persona.

Ismael se imaginaba que quien le había contratado como historiador era rico, pero no tanto.

—Siéntate, por favor. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Podría ser un café con leche? —pidió después de dudar un poco.

El anfitrión sonrió, asintió y después miró a Kostya:

—Ya has oído. Tráele un café con leche bien caliente y algo de comer.

Konstantin no era, ni mucho menos, una de las personas de servicio que trabajaban en la mansión, pero aquella mañana sí asumió aquel rol. Iba a ser un momento distinto y el jefe no quería que nadie más apareciera por las cercanías del jardín.

Anatoli e Ismael se sentaron en los cojines esponjosos que habían dispuesto sobre unos muebles de obra, blancos, como era el tono general de la mediterránea decoración de la mansión, cobijados del sol por la sombra de un sauce llorón de amplio vuelo.

—¡Por fin nos conocemos! —exclamó el anfitrión con alegría fingida. Después de mirarle con detenimiento, emitió una opinión—. Te hacía, no sé, algo mayor. Eres un chaval.

El historiador no sabía si aquello era un desprecio o un halago, por lo que optó por mantenerse en silencio.

—Bueno, dime, seguro que tendrás mucho que contarme —le demandó el ruso.

El aspecto que Ismael ofrecía, flaco, de muy poco porte, cubierto por un pelo largo y poco cuidado, y con unas gafas de pasta amarilla, le infundía a Anatoli algo más que repugnancia.

—No le voy a poder añadir más de lo que hablé con su enviado, la última vez que nos vimos en Madrid.

—No lo llames así. No es un mensajero —le aclaró el viejo, enojado—, es mi amigo y mis amigos tienen nombre, y si no lo sabes, dices eso, mi amigo. Y, por lo que me dijo Andrej, mi amigo, en la última ocasión no le diste ningún dato concreto, nada para lo que te contraté.

—Lo que he podido confirmar, durante todo este tiempo, es que lo que usted busca no existe.

«No existe.» Eso le había dicho su invitado, que lo que él buscaba «no existe». Y se lo decía tan tranquilo, con la mirada clavada en sus ojos, sin un mínimo de pudor o vergüenza, casi como si fuera una afrenta. «No existe.» Y seguía ahí, indiferente, chulo, provocador.

Anatoli sonrió.

—Ismael, no estoy acostumbrado a escuchar a la gente que contrato que me digan que lo que busco no existe.

—Pues siento que tenga que ser yo una de las personas que se lo diga, señor Boychenko, pero lo que busca no existe. —El joven se ratificaba en su tajante afirmación—. Como usted sabe, he pasado año y medio estudiando todos los documentos que han caído en mis manos sobre la vida de Carlos IV, de María Luisa de Parma, de María Teresa de Borbón, de Fernando VII...

—Y de Godoy —precisó el ruso.

—Claro, de Manuel Godoy es de quien más documentación he examinado, incluidos los fondos recientemente adquiridos por Patrimonio Nacional. Y nada, no he sido capaz de encontrar una sola pista que me lleve a localizar lo que usted busca.

—Tú lo has dicho, Ismael, no has sido capaz de encontrar nada que te condujera a lo que te pedí, pero eso no quiere decir que no exista. —Anatoli no asumía una negativa. Él tenía una idea y no aceptaba la posibilidad de que no existiera, y menos si la negación provenía de alguien tan fante como el joven recién llegado. Aquellas palabras le sonaban a excusas chulescas.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Kostya, que portaba una bandeja con un servicio completo de desayuno. Junto a un plato con pastas, había un sobre abultado tamaño folio.

—Igual prefieres ver el contenido antes de tomarte el café —sugirió el anfitrión, mientras marcaba una mueca que conocía muy bien Konstantin.

Los ojos de Ismael se iluminaron al ver su grosor.

—Si no le importa, me gustaría contarlo.

—Por supuesto, Ismael —concedió Anatoli—, es lógico que no te fíes...

—No lo tome así, señor Boychenko, por favor. —El joven se acababa de dar cuenta del poco tacto que estaba mostrando con alguien que le había pagado muy bien durante el tiempo que había trabajado para él.

—Lo tomo como lo que es, Ismael, pero te repito que haces bien en no fiarte de nadie. Yo tampoco me he fiado nunca de nadie y no me ha ido mal; por tanto, cuenta, por favor, cuenta el dinero. Te lo hemos puesto en billetes de 50 y de 100 euros.

Cuando Ismael terminó de contar los billetes, y después de comprobar que no faltaba ni uno solo, miró a Anatoli con satisfacción y le dio las gracias.

—Me das las gracias, Ismael. Eso es con lo que me voy a quedar, después de haberte pagado cinco mil euros mensuales durante año y medio...

—Eso son noventa mil euros —apostilló Konstantin Voronov, Kostya, como lo llamaba todo el mundo, que permanecía como una columna de metro noventa, firme y tiesa, junto al historiador madrileño.

—No hace falta que ayudemos a nuestro amigo a echar cuentas, Kostya, seguro que sabe sumar y, sobre todo, multiplicar.

—Le doy las gracias y también más cosas, señor Boychenko. En el maletero del coche tiene usted doce archivadores con el resultado de mis averiguaciones. También hay una caja con cuarenta y dos libros que he ido comprando conforme he necesitado ampliar la investigación, y el orde-

nador portátil que puso a mi disposición con numerosos archivos, fruto de mi trabajo. No solo tiene usted mi gratitud. Le dejo muchas más cosas. —Ismael intentaba justificar a su jefe el destino del dinero recibido y el ímprobo trabajo realizado en la investigación que le pidió, aunque no hubiera obtenido los efectos esperados.

—Libros que te he pagado, ¿no?

—¡Por supuesto!, nunca me he quejado de lo que me abonó durante todo este tiempo.

—Ismael, te he pagado un total de doscientos cuarenta mil euros en efectivo y libres de impuestos, has vivido a mi costa en buenos hoteles cuando has tenido que viajar y ahora solo me ofreces un montón de papeles. Pero yo no quería papeles, yo lo que quería era el nombre de un lugar. Y ese no me lo traes.

Ismael tragó saliva y se encogió imperceptiblemente de hombros. La conversación estaba discurriendo por un derrotero que no se podía haber imaginado, y ya no le parecía ni tan plácido aquel lugar al lado de la piscina ni tan protectora la sombra del sauce llorón.

—Tranquilo. —La tensión era excesiva y Anatoli quiso relajar el ambiente. Entendía que el muchacho estaba en su derecho—. Anda, vamos a caminar un poco, que te quiero enseñar algo que te va a gustar. No te preocupes por el sobre, nadie lo va a tocar. Es más, si quieres, cuando regresemos, puedes volver a contar el dinero.

—Por favor, señor Boychenko... —Ismael se sonrojó ante quien había sido su amo.

Se levantaron y caminaron sobre el regado y exuberante césped camino de la balaustrada de mármol.

2

Anatoli Boychenko había abrazado a Ismael por los hombros y lo llevaba pegado a él. El conjunto formaba una original y desproporcionada pareja, ya que el joven histo-